

su coche con nevera...  
...con **IBOR**<sup>®</sup> coche



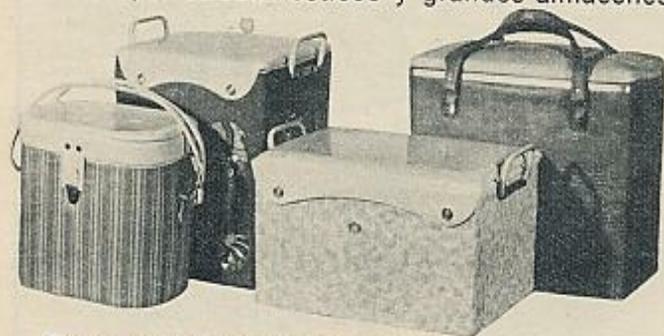
## ¡disfrute de ella!

Y aunque se fabricasen coches con nevera, IBOR-coche siempre será más práctica y económica.

Algunas razones:

- IBOR-coche es la nevera portátil que no requiere ningún gasto adicional. Su sistema de frío funciona con el frigorífico de su casa.
- Mantiene una temperatura helada durante horas y horas de viaje, sin mojar los alimentos (porque no necesita hielo).
- Se fabrica en 17 modelos y diferentes tamaños, para todos los gustos y necesidades.
- El espacio interior de todas las neveras está aprovechado al máximo y son ligeras.
- La puede llevar a la playa, subir con ella una montaña, para comer y beber frío en el sitio que más le agrade.
- Sus precios son realmente económicos

Pida NEVERAS IBOR en casas de accesorios de automóvil, electrodomésticos y grandes almacenes.



lleve coche con nevera... o nevera

**IBOR**<sup>®</sup> coche

(que es portátil)

**S**ON las ocho horas y cincuenta y cinco minutos en el aeropuerto Heathrow, de Londres. Estamos en la Aduana.

—¿Cuál es el objeto de su visita?

—pregunta el funcionario.

—Asuntos personales.

Hago como si dudo. No falla.

—¿Qué entiende usted exactamente por personal?

—Tengo que ver a una serie de... amigos.

—¿Cuándo piensa volver a Francia?

—Dentro de dos días.

El funcionario se ha formado ya una opinión. Insiste.

—Dígame, por favor, la dirección de sus amigos.

Con una expresión de disgusto saca la dirección del primer médico de Harley Street a quien voy a entrevistar. El funcionario me sonríe entre burlón e indulgente:

—¿Por qué no lo dijo antes? Le toca el turno al siguiente.

Al aduanero no le cabe duda alguna de que yo soy una de las setenta extranjeras que llegan a Londres todas las semanas para resolver «asuntos personales», y que salen, cuarenta y ocho horas después, con destino a sus lugares de procedencia, liberadas ya de lo que consideran una pesada carga.

Mil trescientas «continentales» (francesas, alemanas, belgas, holandesas), 717 americanas (Estados Unidos y Canadá) y 248 de diversas procedencias: un total de 2.265 jóvenes han venido a Gran Bretaña con el único y exclusivo fin de interrumpir su embarazo durante el primer año de vigencia del Abortion Act (abril de 1968 a abril de 1969).

Desconocemos por ahora las cifras referentes al segundo año (abril de 1969 hasta el mismo mes de 1970). Pero hay quienes calculan que han sido unas 6.000 las «viajeras» de este tipo.

rante los tres últimos meses de 1969.

Las clínicas se han visto asaltadas. Las autoridades británicas han tomado una serie de medidas. Cuando, a finales de abril, las sesenta clínicas especializadas en abortos solicitaron, como todos los años, una renovación de sus licencias, se encontraron con una reglamentación más rigurosa y un control más severo impuesto por el Seguro de Enfermedad. Este frenazo a la aplicación de la ley del aborto permitirá evitar, según los responsables, una marcha atrás como la que tratan de imponer algunos. Porque los que perdieron la gran batalla del aborto en 1968 no han depuesto todavía las armas.

Ya en dos ocasiones, en julio de 1969, primero, y en febrero de 1970, después, han propuesto enmiendas restrictivas. Objetivo: limitar el número de abortos imponiendo, en cada una y todas las intervenciones, la presencia de un ginecólogo consultor del Seguro de Enfermedad. En Inglaterra no hay más que 555 de estos consultores, de los cuales 436 están en plena dedicación. Números a todas luces insuficientes para asegurar los cincuenta mil abortos legales que se practican anualmente en el país.

Las enmiendas fueron rechazadas. Pero los católicos, los «Moral Reformers», los «Plymouth Brothers», la Asociación Médica británica, el Colegio Real de Tocólogos y Ginecólogos, la Sociedad Protectora de Abortos (Unborn Children), en una palabra, todos los «anti-abortistas», no se cansan de agitar, periódicamente, la opinión pública.

«Londres, capital mundial del aborto», he aquí un calificativo infamante para todas aquellas almas preocupadas por la buena fama de la nación británica. «Hay un notable relajamiento en la aplicación de la ley», se quejan los censores. Los riesgos para la salud física y mental de la futura madre, previstos por los textos, dan lugar a las interpretaciones más fantasiosas. «Algunos médicos de Harley Street llegan a practicar un aborto totalmente indiscriminado. ¡No hay para ellos diferencia alguna entre un aborto y una extirpación de amígdalas!». Y para colmo, el 47 por ciento de las mujeres que abortan son solteras.

Pero está también el problema de la sangre. Los periódicos lo han abordado con harta frecuencia en sus primeras páginas. Los quince casos de mujeres fallecidas a consecuencia de otros tantos abortos legales en 1969, tres de ellas en clínicas especializadas y doce en hospitales, han recibido amplia publicidad... Se ha hablado de negligencia médica. De mujeres operadas sin haber sufrido el mínimo examen ni antes ni después, de salas de operaciones con dos camas, en las que el mismo médico opera a dos pacientes a la vez. De extranjeras operadas nada más llegar y dadas de alta inmediatamente después.

### Frenazo

La afluencia organizada de jóvenes danesas que, por cien libras todo incluido, tenían derecho a un vuelo charter con aborto, ha quedado casi borrada por la llegada masiva de pequeñas americanas: «Londres—dicen éstas— queda a veces más cerca que Colorado o Hawai (únicos Estados americanos donde el aborto es legal), y uno no se siente aquí tan «extranjero» como en Méjico o Puerto Rico». Resultado: 615 «viajeras» del otro lado del océano du-

# LONDRES CIUDAD ABIERTA



De enfermas sacadas de sus camas tres horas después del aborto, cuando todavía estaban bajo los efectos de la anestesia, para dejar sitio a la siguiente. De clínicas donde se admiten diariamente a más pacientes que camas tienen. De los servicios ginecológicos transformados en servicios de aborto, etcétera, etcétera.

**«¡Cambiad  
vuestra  
legislación!»**

## Todo incluido

Otro motivo de escándalo: las fortunas amasadas en dos años por las clínicas privadas, entre ellas la mundialmente conocida Langham Clinic. Cuarenta camas, 20 abortos diarios, 5.500 durante el pasado año, más de 10.000 desde 1968, ni un solo accidente mortal, record que la primera clínica londinense especializada en abortos explota generosamente con fines publicitarios. Los precios nada tienen que envidiar a su reputación: 150 libras (unas veinticinco mil pesetas) todo incluido, que multiplicadas por 5.500 abortos da una cifra de beneficios bastante considerable (825.000 libras, o sea, ciento cuarenta millones doscientas cincuenta mil pesetas, aproximadamente). Otras clínicas importantes son la Avenue Clinic, en St. John's Wood (3.500 abortos en un año), Lady Margaret House, en Ealing (dos mil abortos), etc. Con una sola excepción —una nueva clínica de Birmingham «sólo para inglesas», donde un aborto cuesta 65 libras (unas 11.000 pesetas)—, las tarifas oscilan entre las 100 y las 200 libras (17.000 y 34.000 pesetas); el precio fuerte se reserva generalmente para las extranjeras. En el precio están incluidos los automóviles particulares encargados de recibir a las jóvenes en el aeropuerto para conducir las hasta las clínicas.

Paralelamente a estos servicios «gratuitos» o, mejor dicho, englobados en el «todo incluido», se han montado una serie de servicios bastante rentables. Por cuatro guineas (unas 700 pesetas), tres taxistas londinenses recién reconvertidos en «oficina de consejos sobre embarazos de Langhana» (no tienen nada que ver con la clínica del mismo nombre) dan consejos y direcciones a las jóvenes en apuros de este tipo. Estos taxistas están inscritos en el registro de comercio y se han preocupado de distribuir sus tarjetas entre aquellos de sus compañeros que suelen montar guardia en las inmediaciones de los aeropuertos y de las estaciones. Sus actividades no tienen nada de ilegal.

Junto a este «humanismo» de cuatro guineas se ha creado un tráfico más productivo y más oculto. Unos cuantos tipos han llegado a hacer 2.500 libras semanales «interceptando» a las chicas que acababan de llegar a Londres y enviándolas, a cambio de sumas exorbitantes (entre 4.000 y 7.000 pesetas), a determinadas clínicas, que les dan, además, una comisión. Uno de ellos, reincidente, tuvo que pagar un total de 700 libras de multa, a razón de 25 libras cada vez: pequeño porcentaje de sus beneficios...

Los abortos en cadena y la caza de las abortadas no son ciertamente producto de la imaginación. Existen las «fábricas» de abortos, como también los taxis especializados. Hay en las clínicas y en los hospitales londinenses cosas que no están bien. Pero la situación, después de la ley, no puede ni compararse con la de antes de la ley. El número de abortos clandestinos, calculado en 150.000 al año, de los cuales la tercera parte eran atendidos a posteriori en los hospitales, ha disminuido sensiblemente. Los ingresos urgentes en los hospitales han descendido de 5.000, en 1966, a 3.500, en 1969.

Pero, además, no se ha producido esa serie de catástrofes anunciadas por los profetas del apocalipsis. Las islas Británicas no han sufrido ninguna marea de abortos: 40.000 abortos legales el primer año, es decir, el 4,4 por ciento de los nacidos vivos: la mitad de los registrados en Suecia.

El sector público no ha sido sumergido, como habían predicho algunos, por el sector privado. Dos de cada tres abortos practicados durante el primer año de vigencia de la nueva ley lo han sido en hospitales del Servicio Nacional de Sanidad. Y el porcentaje de abortos practicados a extranjeras no supera el 6 por ciento del total.

Sin embargo, es este último peligro el más temido de los ingleses. Y no puede decirse que estén ya tranquilos al respecto.

«No queremos que la afluencia de extranjeras sirva de pretexto para los que abogan por un endurecimiento de la ley, como en Suecia, como en Suiza», dicen los responsables de la I. P. P. F. (International Planned Parenthood Federation). «No queremos pagar los vidrios rotos de las legislaciones extranjeras atrasadas». ■ MARIELLA RIGHINI.